

Cómo citar:

Calero Valverde, A. (2025): Supervisión: Voces que colaboran para super(ar)visiones. València: Nau Llibres. 174 pp. ISBN print: 978-84-19755-39-1. Berasaluze Correa, Ainhoa y Fombuena Valero, Josefa (2024), Arxius de Ciències Socials, 51 pp. 80-82 DOI: <https://doi.org/10.7203/acs.51.30518>

SUPERVISIÓN: VOCES QUE COLABORAN PARA SUPER(AR)VISIONES

BERASALUZE CORREA, AINHOA Y FOMBUENA VALERO, JOSEFA (2024)

VALÈNCIA: NAU LLIBRES. 174 PP. ISBN PRINT: 978-84-19755-39-1

RESEÑA ELABORADA POR ÁNGELA CALERO VALVERDE,
DEPARTAMENT DE TREBALL SOCIAL I SERVEIS SOCIALS, UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

La supervisión constituye una de las funciones de los y las trabajadoras sociales y es, además, una herramienta de autocuidado personal y profesional que contribuye al autoconocimiento y a la gestión emocional, ejercicios necesarios para el buen desempeño de nuestra profesión. Partiendo de esta convicción, Ainhoa Berasaluze y Josefa Fombuena coordinan este acertado y necesario libro, que supone un acercamiento a la supervisión como un acto colaborativo, maduro y profesional a través del trabajo conjunto de académicas/os y profesionales de la intervención en el marco del curso de postgrado *Supervisión en Contextos de Acción Social* de la Universidad del País Vasco UPV/EHU.

La publicación está estructurada en dos grandes apartados y cuenta, además, con un *Prólogo* de Belén Navarro, trabajadora social almeriense y formadora comprometida con los movimientos profesionales, y con un *Epílogo* escrito por Teresa Zamanillo, representante insigne y respetada de la disciplina del trabajo social y Catedrática Emérita de la Facultad de Trabajo Social de la Universidad Complutense de Madrid.

La primera parte del texto es un capítulo introductorio titulado *Voces desde el modelo IAPS*, en el que Miren Ariño, Ainhoa Berasaluze y Charo Ovejas nos presentan el contenido de la obra y describen de forma minuciosa tanto la fundamentación teórica del modelo de supervisión denominado IAPS (Investigación Acción Participativa en Supervisión), como el proceso a través del cual se han ido construyendo las narraciones que constituyen la segunda parte de la publicación y que son a su vez el resultado de un trabajo colaborativo en sesiones de supervisión conjunta realizadas como parte del citado postgrado.

El modelo de supervisión que plantean las autoras entiende esta metodología como una práctica grupal, externa, integradora, autónoma, colaborativa, entre iguales y contextualizada culturalmente. Un espacio de investigación y reflexión crítica sobre la praxis profesional y sus contextos basado en el construccionismo social, el pensamiento complejo, la perspectiva crítico-reflexiva y la Investigación Acción Participativa. La propuesta supone, además, una ruptura con respecto a la tradicional escisión entre el ámbito universitario y el campo profesional de nuestra disciplina, al no considerar la investigación como una práctica privativa de la academia y apostar por una investigación-acción reflexiva y participada.

El resto de los capítulos componen la segunda parte del libro, titulada *Voces acompañadas en supervisión*. Agrupados en cuatro bloques temáticos cuyos títulos están formulados a modo de interrogantes reflexivos, encontramos un conjunto de veinte relatos sobre las experiencias personales y profesionales de trabajadoras/es sociales en activo. En ellos, los y las autoras exponen las dificultades, dudas y preocupaciones vinculadas con el ejercicio de su profesión y, además, describen las sesiones de supervisión en las que han participado, las técnicas empleadas como parte de la metodología IAPS y los aprendizajes alcanzados durante todo el proceso.

El primer bloque, titulado *¿Cómo afectan los contextos y las organizaciones en nuestra praxis profesional?*, nos presenta un trabajo social que enfrenta desafíos complejos derivados de las tensiones entre los ideales institucionales y la realidad de su implementación, donde los valores fundamentales de la profesión se ven desvirtuados por las dinámicas de control social y la burocracia. Esta situación genera dilemas éticos, deslegitimación social y dificultades para construir una identidad profesional sólida, al tiempo que la falta de planificación estratégica, investigación y evaluación limitan el desarrollo de servicios adaptados a las necesidades reales, afectando especialmente a la prevención y a la promoción. En los cinco relatos se evidencia la necesidad de distinguir entre los retos de la profesión y los de las organizaciones, priorizando una intervención proactiva que integre los principios del trabajo social, el mandato institucional y el código deontológico.

En el segundo bloque, que lleva por título *¿Qué situaciones vividas en la acción profesional nos afectan personal y profesionalmente?*, queda patente que el ejercicio profesional del trabajo social implica un profundo autoconocimiento y análisis ético, y que supone un importante desgaste físico y emocional producto de las exigentes relaciones con las personas usuarias y sus circunstancias. Esto genera conflictos relacionados con la (hiper)responsabilidad y el perfeccionismo, a lo que se suman las dificultades de trabajar en un sistema cada vez más rígido y protocolizado, que ignora la singularidad individual y colectiva. Tal y como señalan los y las profesionales, en este contexto el enfoque sistémico y personalizado es clave para abordar la complejidad de las situaciones, evitando posturas paternalistas o alianzas con una de las partes en conflicto, y separando las experiencias personales de la intervención profesional. Aprender a cuidarse, establecer límites y confiar en nuestras capacidades permite reafirmar el rol del trabajo social, garantizando una intervención ética, equilibrada y sostenible.

El tercer bloque aborda la cuestión *¿En qué modo las relaciones interpersonales favorecen o dificultan nuestra tarea profesional?*, y en él las autoras/es de los relatos destacan la importancia de un liderazgo positivo y horizontal que fomente la colaboración y el acompañamiento en los equipos, junto a una comunicación asertiva que fortalezca las relaciones y se aleje de la sinceridad hiriente. Frente a las tensiones derivadas de visiones divergentes sobre la praxis profesional y la falta de un marco organizativo claro, se reafirma la intervención social como la esencia de la identidad del trabajo social, donde los instrumentos técnicos deben integrarse desde una perspectiva relacional centrada en las personas. Además, se reflexiona sobre las dificultades para gestionar las emociones que surgen cuando los procesos no tienen el resultado esperado, especialmente en contextos liminales donde las profesionales, ubicadas entre la Administración Pública y la empresa, enfrentan contradicciones y tensiones. En este escenario, la colaboración público-privada debe garantizar la calidad de los servicios y el bienestar de la ciudadanía, favoreciendo la coordinación y el sentimiento de pertenencia a la organización para lograr una intervención coherente y ética.

El cuarto y último bloque de relatos se titula *¿Qué principios éticos, fundamentos o métodos contribuyen u obstaculizan nuestra práctica?*, y en él se muestra cómo la práctica del trabajo social se enfrenta a la frustración generada por las exigencias de las personas usuarias y su posible resistencia al acompañamiento profesional, lo que se ve agravado por un modelo asistencialista centrado en cubrir necesidades básicas en detrimento de los factores relacionales de la intervención. Las diferencias culturales y la confrontación de los valores personales de usuarias/os y profesionales pueden convertirse en barreras, lo que revela la necesidad de fortalecer las bases teóricas y las herramientas para alcanzar diagnósticos compartidos. En contextos de urgencia, además, la presión para tomar decisiones rápidas expone las contradicciones del sistema, demandando mayor formación especializada y la capacidad de trabajar con la incertidumbre sin buscar siempre las certezas de la intervención. El paradigma de la complejidad y el autoconocimiento resultan claves para resignificar la disciplina, evitar la sobre implicación y construir un rol profesional sólido. Las trabajadoras sociales deben aceptar la “ingeniería de la miseria” como parte de su labor, utilizando su conocimiento de manera práctica para facilitar el acceso a recursos, aunque haya situaciones que escapen a su control. Es fundamental, en definitiva, ajustar la intervención a cada persona o comunidad, manteniendo el principio de individualización, respetando sus capacidades y encontrando formas de trabajo coherentes con los valores profesionales, incluso cuando la normativa institucional entra en conflicto con dichos principios.

De la lectura de todos los relatos incluidos en esta fantástica obra colectiva, podemos extraer una serie de aprendizajes sobre lo que la supervisión en general, y el modelo IAPS en particular, puede aportar a la praxis del trabajo social. En primer lugar, la supervisión emerge como una herramienta clave para resignificar la identidad de las trabajadoras/es sociales, permitiendo reflexionar sobre la práctica y mantener la coherencia entre las creencias personales y el desempeño profesional. Facilita la construcción de una intervención meditada y compartida, ayudando a analizar las lógicas estructurales del sistema y el peso de la burocracia, que a menudo condiciona la implementación del modelo de atención centrado en la persona. A través de un clima de confianza, escucha activa y retroalimentación comunicativa, la supervisión abre espacios de diálogo que favorecen el aprendizaje individual y colectivo, visibilizando miedos y ampliando horizontes sin recurrir a la confrontación.

La metodología IAPS estructura las situaciones y ofrece una visión global que permite ordenar y reelaborar las experiencias hacia análisis más completos. Además, facilita identificar referentes teóricos y metodológicos, reflexionar sobre los estilos de comunicación, descubrir emociones que surgen en la intervención y aceptar la responsabilidad compartida en las relaciones de ayuda. También actúa como un proceso expansivo, generando efectos positivos en el agente profesional, en el equipo y en las personas usuarias.

En conclusión, promueve el autocuidado y la inteligencia colectiva, favoreciendo la movilización profesional y el equilibrio entre demandas y prioridades. Ayuda a ajustar expectativas, reconciliándonos con la profesión y otorgando herramientas para afrontar las dificultades con una mirada crítica y constructiva. Supervisarse es, en definitiva, un recurso imprescindible para el aprendizaje continuo, el cuidado profesional y la mejora de la intervención social, así como una base fundamental para ejercer, en el futuro, una buena labor de supervisión.